

A media noche, el general Kuroki, echando mano á todas sus reservas, conquistó por segunda vez las alturas de Su-kuan-tun, pero sin poder pasar de las crestas orientales, quedando las cumbres ó mesetas entre los dos ejércitos.

Jornada del 3 de Septiembre.—Dejando al 4.º cuerpo siberiano en Liao-Yang, el general Kuropatkin dirigió todas las fuerzas de que podía disponer, muy mermadas por la falta del 10.º cuerpo europeo y del 1.º y 5.º siberianos, en retirada al N. de Yentai—contra Hei-yn-tai, ganando terreno y arrojando de allí al enemigo. Al caer el día, el ejército de Kuroki ocupaba una línea que partiendo de Kao-kuan-tun y pasando por Su-kuan-tun y el E. de Hei-yn-tai, terminaba algo al N. E. de San-tsa-go; el centro de gravedad de estas tropas se encontraba entre Va-fang-ho y Hei-yn-tai. La situación quedó estacionaria todo el día; la artillería rusa contuvo todos los esfuerzos del ofensor, mientras el 17.º cuerpo iba evacuando paulatinamente las alturas avanzadas de Su-kuan-tun.

Los generales Oku y Nodzú preparaban un supremo ataque á Liao-Yang. Toda la noche del 2 al 3 tronó el cañón de un modo pavoroso, habiendo entrado en línea hasta la última pieza del II y del III ejército, y, antes de amanecer, cuatro divisiones se lanzaron al asalto. Los rusos ocupaban el recinto de Liao-Yang y algunos reductos inmediatos á él. Cuando las columnas japonesas, poseídas del mayor entusiasmo, llegaron á la zona peligrosa, varias fogatas explotaron y tres baterías, que hasta entonces se habían mantenido silenciosas, dispararon con botes de metralla, mientras la infantería ejecutaba un certero fuego á corta distancia y la artillería al N. del Tai-tsé barría el flanco izquierdo de los japoneses. El ataque abortó y la misma suerte tuvieron los demás emprendidos por el general Oku con una obstinación sin precedentes. Se oían claramente los cañonazos del ejército del general Kuroki, y era de necesidad imperiosa abatir la indomable energía de aquel puñado de rusos que sin retroceder un solo paso se mantenían contra un enemigo cinco veces más fuerte.

Jornada del 4 de Septiembre.—Reuniendo todas sus reservas, el general Oku adoptó las disposiciones oportunas para un nuevo asalto en la noche del 3 al 4. A las tres de la madrugada los japoneses entraron en Liao-Yang, pero á la una y media había salido de la plaza el general Kuropatkin al frente del último regimiento: el 10.º de tiradores siberianos, de la brigada Schileiko, división Kossowitsch, del 4.º cuerpo, man-

dado por el general Sarubaieff. La evacuación se había llevado con tal orden y tanta previsión, que durante los combates de los últimos cinco días, sólo siete soldados rusos—que el 31 de Agosto permanecieron por equivocación en la galería blindada de una trinchera evacuada por la guarnición—cayeron prisioneros de los japoneses.

Los ejércitos II y III no pasaron al N. del Tai-tsé. Sus tropas apenas podían dar un paso, y en cuanto cesó la excitación de la lucha se impuso un descanso, necesario también para reorganizar las unidades.

Al N. del Tai-tsé, los rusos retrocedieron desde Chan-tai-tzu á las minas de Yen-tai. La artillería impidió que el general Kuroki pudiera avanzar á Sa-ku-tun, y los heroicos defensores de Liao-Yang se reunieron al ejército sin ser molestados más que por los cañones japoneses que disparaban á gran distancia.

En la noche del 4 de Agosto todo el ejército ruso se hallaba desde Fang-chen al N.; el general Kuroki con dos divisiones procuraba, rodeando Erh-tao, llegar á la vía férrea por el N. de Yen-tai, sin conseguirlo. Había terminado la batalla. Con asombro de no pocos *soi-disants* estrategas, Liao-Yang no había sido el Sedán de la Mandchuria.

En el próximo cuaderno y teniendo á la vista abundantes datos, tanto oficiales como de los corresponsales en el teatro de la guerra, discutiremos los resultados materiales y morales de esta colosal batalla; su verdadero alcance desde los puntos de vista táctico y estratégico; fijaremos la atención en los puntos culminantes y que marcaron el desarrollo de los acontecimientos; examinaremos la conducta de los cuarteles generales, procurando hacer resaltar los planes de Kuropatkin y de Oyama; y concluiremos transcribiendo algunos telegramas del mariscal Oyama y de los corresponsales ingleses y norte-americanos en los ejércitos japoneses, que acabarán de esclarecer lo sucedido en Liao-Yang y que tan confuso se presentó en los primeros días á causa de la labor apasionada de la prensa británica y de la exageración de las noticias procedentes de los puertos de la China.

JUAN AVILÉS
Comandante de Ingenieros.

12 Septiembre, 1904.

Imp. OASTILLO.

La Guerra Ruso Japonesa

SUMARIO: Lo que he visto en el Extremo Oriente, IV, por A. G. Hales.—Comentarios sobre la batalla de Liao-Yang, por Juan Avilés.—La veracidad japonesa, por el Capitán Subrio Escápula.—Episodios de la batalla de Liao-Yang.—Crónica de la guerra, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.



El general Rennenkampf y sus tres ayudantes:

Rennenkampf (1) herido; capitán Schnebel (2) herido; oficial de Estado Mayor Sederberg (3) muerto; Mayor Popovitsky (4) herido.

LO QUE HE VISTO EN EL EXTREMO ORIENTE

IV (1)

Cuando comenzó la guerra entre el Japón y Rusia, todos los que estaban al corriente de la situación de ambos países, previeron que la vía férrea transiberiana, que recorre una dilatadísima región, sería motivo de las mayores preocupaciones de las autoridades moskovitas. Pero dudo que nadie, ni aun los militares más expertos, pueda apreciar la inmensa labor que ha pesado sobre el general Kuropatkin, y pesa aun, para proteger el ferrocarril.

Los críticos de gabinete han hecho objeto al generalísimo ruso de burlas y censuras; críticos que ignoran las dificultades, y que no comprenderían la importancia de las mismas aunque las conocieran. Tal vez sólo hay dos hombres que puedan aquilatar en

(1) Del *Daily News* del 17 de Agosto.

toda su extensión cuánto preocupaba á Kuropatkin el transiberiano. Estos hombres son lord Roberts y lord Kitchener, que hubieron de custodiar tres mil millas de vía férrea en el Africa del Sur.

Kuropatkin es un hombre de extraordinaria sangre fría. Oficiales que han servido á sus órdenes largo tiempo, tanto rusos como de otros países, me han hablado mucho de aquel general. Todos unánimemente afirman que es un caudillo de inflexible determinación; hombre que ni á sí mismo permite la intromisión en sus planes. Un oficial extranjero, que sirvió algún tiempo en el ejército ruso, me dijo en una ocasión: «Kuropatkin se parece algo á Kitchener en el dominio que tiene sobre sí mismo y en el desprecio que le inspiran los políticos y la llamada opinión pública. Recorre su camino sin hacer caso de nadie ni de nada. Frio, reservado, confiado en sí propio, no le asustan las

derrotas, ni los desastres logran conmover sus nervios; con igual tesón y empeño emprenderá la tercera campaña, que ha emprendido la primera. La mayor desgracia que ahora podría acontecer á Rusia es la muerte de Kuropatkin, el hombre de hielo», concluyó mi amigo. Pero no es de él, sino de su labor, en lo que voy á ocuparme.

Muchos libros se han escrito acerca del famoso ferrocarril, y kilómetros de artículos de periódicos, basados en los libros de otros, han tenido por tema el transiberiano: libros y periódicos debidos á escritores cuyas fuentes de información terminan en la librería de la esquina. Y digo esto, porque



Pieza de artillería, en la línea avanzada de Port-Arthur

he leído el otro día en una de las principales revistas de Londres, un artículo noticiando que se estaba construyendo una vía férrea, por operarios chinos, á través del desierto de Gobi, con objeto de amenazar á China por aquella parte, y que los cosacos custodiaban los trabajos. Sospecho que el autor del artículo debe haber leído algo de ello en un libro, porque he recorrido muy recientemente el desierto de Gobi, y puedo afirmar que ni se construye el ferrocarril, ni hay operarios chinos, ni existen tales cosacos.

Cuando las autoridades rusas proyectaron el transiberiano, no cabe duda que preveían la posibilidad de una gran guerra en el Extremo Oriente, pero, en aquellos días, no imaginaban que su adversario fuera el Japón. Consideraban, y miran aun, á la China como la potencia asiática realmente peligrosa. Sabían que el aletargado gigante se

agitaba entre sueños, y que cuando despertase, el mundo occidental obraría cuerda-mente estando también despierto. No obstante, los hombres de Estado rusos reputaban este peligro como muy remoto, y al construir el ferrocarril no concedieron á los detalles toda la atención que merecían.

Es una obra gigantesca, de la cual podría enorgullecerse cualquier país. Dos grandes carriles de acero marcan el inmenso camino de San Petersburgo al mar Amarillo; dos brazos de acero que cruzan bosques extra- viados, impetuosos ríos, ásperas montañas y fértiles llanuras. Pero en una línea tan dilatada, hay muchos puntos donde los agio-

tistas y los bribones han podido realizar infames negocios.

Deseosos de aumentar sus ganancias, los contratistas dieron á la vía férrea un desarrollo innecesario, trazando curvas y desviaciones en lugares descubiertos y tan llanos como la palma de la mano. No solamente se malgastaron allí muchos miles de libras, sino que se ha prolongado la duración del viaje en pura pérdida, sobre todo en el concepto militar; puesto que un cuarto de milla de rodeo supone una milla larga perdida.

En esos lugares he visto ahora, cómo los ingenieros y sus copiosas brigadas de operarios corrigen los defectos del trazado, substituyendo por alineaciones rectas las curvas innecesarias, y si los que creen que Rusia está á punto de confesarse vencida, hubiesen visto la tranquilidad y confianza con que los rusos reconstruyen su ferrocarril, no se

mostrarían tan convencidos de la derrota final de Rusia. A la vez que se repara y perfecciona la vía férrea, circulan sin interrupción los trenes militares, lo cual es otro indicio de que los rusos no deseaban la guerra ni provocaron al Japón.

Rusia ha despertado, y vigila con toda atención los trabajos del transiberiano. Donde la línea se encorva y retuerce como una serpiente, los ingenieros construyen un solo tramo recto, de extremo á extremo, conservando empero las curvas como apartaderos que permitan el aumento del tráfico. Se gasta allí el dinero sin reparar en sacrificios, pero lo que ahora se hace, se hace con acierto y bien. Las traviesas se cajean con toda escrupulosidad y se tiende con tanta perfección la vía que pueden circular ahora trenes más pesados que antes y con mayor velocidad.

La labor que se realiza en el transiberiano es colosal, y puedo decirlo puesto que ví lo que nosotros hicimos en Africa; con todo, lo que nosotros llevamos á cabo es un juego de niños comparado con lo que ejecutan los rusos. Obran ahora como hombres que desean reparar sus graves faltas anteriores, y proceden con sabiduría y firmeza, perfeccionando á toda costa su gran ferrocarril.

Legiones de campesinos cortan las traviesas en los bosques, las acarrean á los puntos de obra y las alquitranan; pero el trabajo de asentar la vía está encomendado á los más diestros ingenieros militares. Han pasado los tiempos en que el transiberiano estaba entregado á bribones y gentes sin conciencia. No hace mucho, las locomotoras saltaban desordenadamente sobre los carriles, como los guisantes en una sartén, y fácil es imaginar cuanto debió padecer Kuropatkin mientras viajaba en una línea tan mal construida, porque nadie como él podía apreciar las deplorables consecuencias que este estado de cosas acarrearía al ejército.

A pesar de los defectos expresados, el transiberiano en su conjunto es una obra admirable; la mayor parte de la línea está construida perfectamente, y muchos contratistas ganaron honradamente su dinero. Mas en las seis mil millas que hay entre San Petersburgo y el Extremo Oriente, es innegable que en ciertos lugares los bribone-

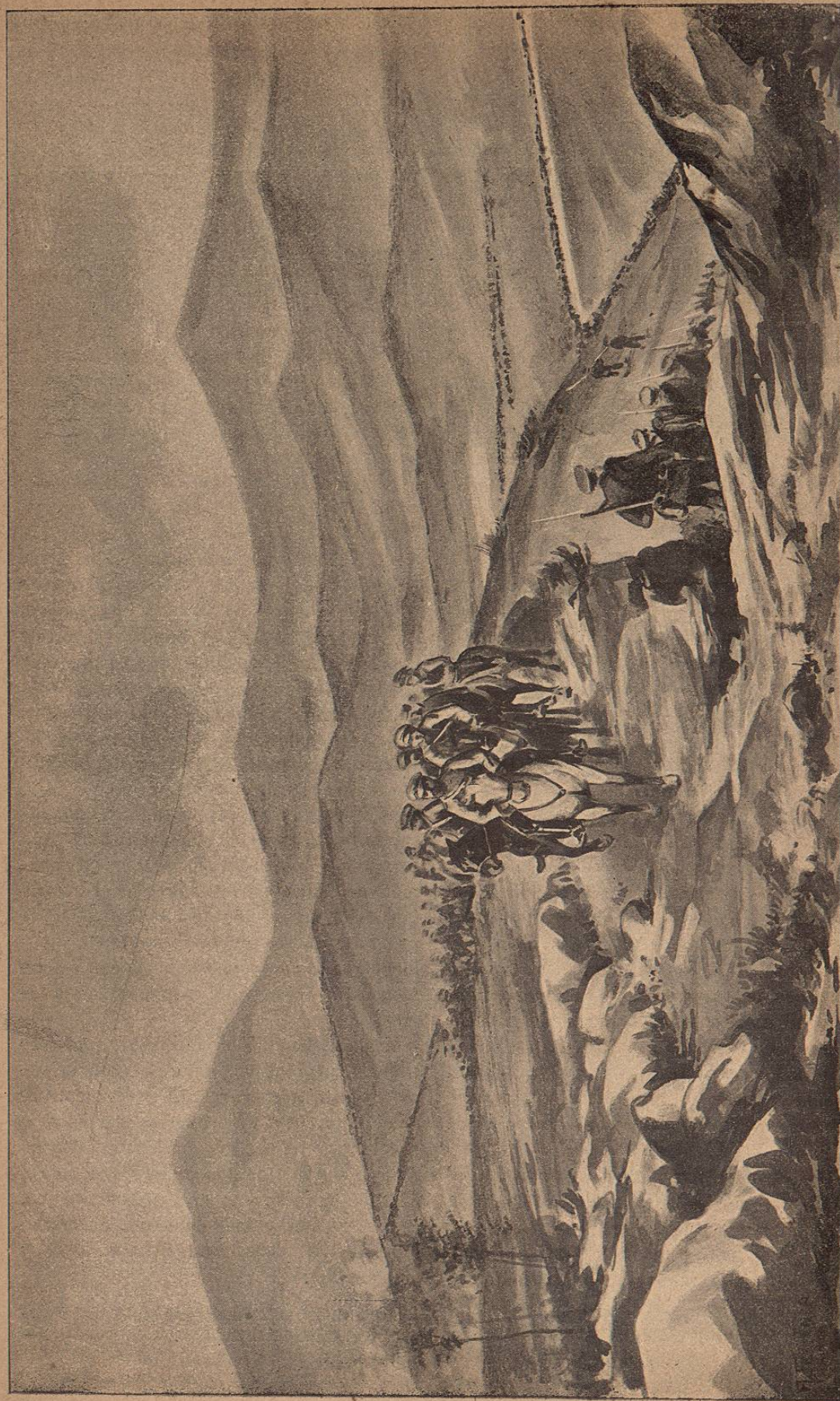
nes tuvieron ocasión de desplegar sus malas artes, lo mismo que ha acontecido en América y en la Australia.

Yo he viajado por aquella interminable vía férrea, á través de tupidos bosques, donde el pino, el abeto, el alerce y el abedul predominan; selvas tan espesas que el follaje oculta la luz del día. ¡Infinidad de veces mi compañero de viaje, un soldado de ocasión muy despierto, viajero, periodista y negociante, me dijo: «¡Cuántas probabilidades de victoria han tenido los japoneses con esta línea!»—¡Hubieran sido verdaderamente necios si no hubiesen tratado de aprovecharlas, y los japoneses no son tontos. En mi próximo artículo expondré los esfuerzos que han hecho, y entonces se podrá formar mejor idea de las dificultades con que han tropezado los rusos.

El japonés es un maestro en la guerra y conoce todos los recursos del juego, sin detenerse en lirismos hasta después del éxito. Tal vez sea el más magnánimo de los triunfadores, pero para alcanzar el triunfo no vacila en valerse de todos los medios. Atacará con catorce ó quince barcos de guerra un buque enemigo que permanezca confiado en un puerto neutral, como sucedió con el *Variag* al comenzar las hostilidades; y después se derretirá en lágrimas y extermará sus bondades al vencido. El japonés puede jugar á los piratas, como en Chifú hace uno ó dos días (1), cuando sus barcos capturaron un torpedero desmantelado y una tripulación desarraigada acogida en un puerto chino. Ellos han aprendido todas las tretas de los civilizados occidentales, y en la presente guerra no han omitido ningún medio para triunfar, como pueden atestiguarlo las tropas que custodian la vía férrea.

Hasta la fecha, Kuropatkin ha guardado silencio, y el mundo ignora cuanto ha luchado para asegurar el abastecimiento de su ejército; pero más adelante se sabrá la verdad y se conocerá la gigantesca labor de aquel general, y entonces se le rendirá el tributo que merece el grande hombre que, con serenidad y calladamente, ha hecho lo mejor que podía hacerse por su patria y su soberano.

(1) El autor se refiere al apresamiento del torpedero ruso *Reshitlny*, por dos cazatorpederos.—Nota de la R.



Marcha hacia Liao-Yang del 17.º cuerpo de ejército europeo

Desde San Petersburgo al mar Amarillo, cerca de 200.000 hombres guardan las líneas de comunicación, estando encomendada esa misión, no á labriegos armados de fusiles, sino á los mejores soldados de que Kuropatkin podía disponer. Y se comprende, porque solamente tropas muy disciplinadas pueden mantener una constante y activa vigilancia: un idiota se batirá, con tal que se le alimente y se le den armas, pero para obedecer puntualmente las órdenes recibidas y vigilar sin cesar se requiere hombres muy adiestrados y disciplinados.

Aun ahora, cuando comienzan á llegar algunas tropas de la Rusia propiamente dicha, los mejores soldados de Kuropatkin están en el transiberiano y en Port-Arthur.

A. G. HALES.

COMENTARIOS SOBRE LA BATALLA DE LIAO-YANG

Las espléndidas victorias del general Oyama; sus portentosas concepciones estratégicas; aquellos movimientos envolventes que durante tres meses han vaticinado los más conspicuos críticos, más ó menos militares; la irremediable capitulación del general Kuropatkin, cuyo ejército había de perecer fatalmente en un nuevo Sedán; la incapacidad de los rusos; la desorganización de los transportes moscovitas; el pánico y el desaliento de los cuerpos siberianos; la pericia, digna de un Moltke, casi igual sino superior á la de Alejandro, Anibal ó Napoleón, de que daban elocuentes y repetidas muestras los generales amarillos, para ejemplo y vergüenza de sus colegas de la incivilizada raza blanca; la huida desordenada de los rusos á través de los campos manchurianos, dejando en manos del enemigo millares de prisioneros, centenares de cañones y un inmenso material de todas clases...; todas aquellas patrañas que durante tantos días han servido para desfigurar la verdad y extraviar á la opinión pública, se han desvanecido como humo que eran, y el tiempo, con su elocuencia descarnada y sencilla, ha restablecido las cosas á sus verdaderas proporciones.

Durante cuatro meses, el general Kuropatkin, con fuerzas notablemente inferiores á las enemigas, pero que poco á poco iban en aumento, retrocedió gradualmente hasta Liao-Yang, librando combates de retaguardia, terminados todos de la misma manera: los rusos evacuaban la posición, que al día siguiente ó á las pocas horas era ocupada por el enemigo, sin que ni una sola vez se lanzara éste en persecución de aquél.

El 24 de Agosto, el ejército del general Kuroki emprendió el ataque de Liao-Yang,

apoderándose el 26, de parte de las posiciones más avanzadas, débilmente guarnecidas. El 27, iniciaba el general Oku el avance contra An-shan-chan, posición inmediatamente desalojada por los rusos, que en los días sucesivos fueron evacuando paulatinamente todas las demás, siempre después de combates afortunados y de ser rechazado el enemigo, ó sea por la propia voluntad é iniciativa del general Kuropatkin. Además, el 28 de Agosto comenzó el envío de provisiones, municiones y material de guerra desde Mukden á Liao-Yang. Todo esto demuestra que el generalísimo ruso no se propuso en modo alguno librar una batalla decisiva, ni mantenerse á todo trance al S. de Liao-Yang, sino que su objeto fué castigar y detener el avance japonés, quebrantando al enemigo y procurando conservar sus propias fuerzas. Que consiguió plenamente lo que se proponía no cabe ponerlo en duda, porque durante doce días infligió gravísimas pérdidas á los japoneses, y se retiró de la plaza sin abandonar un solo cañón, sin que se le hicieran prisioneros y sin ser molestado—contra lo que se afirmó en los primeros días—mas que por el fuego de los cañones japoneses, contestado siempre con éxito por la artillería de la retaguardia.

Tácticamente, podrá reprocharse al general Kuropatkin el haber guardado una actitud demasiado pasiva; pero á nuestro modo de ver, aquel caudillo procedió sabiamente, porque no piensa en ganar una batalla de resultados nulos—como las victorias japonesas—sino en ganar la guerra, mediante el plan que ahora se destaca con toda claridad. Acaso se le censure también por no haber guarnecido más fuertemente las alturas al N. del Tai-tsé; los hechos, sin embargo, han demostrado que las medidas de previsión adoptadas fueron muy suficientes á contener al enemigo, sin que ni por un momento siquiera peligrara seriamente la seguridad del ejército ruso.

Dos ocasiones parecieron presentarse para derrotar á Oyama, ocasiones acompañadas de circunstancias verdaderamente críticas, y Kuropatkin instantáneamente trató de aprovecharlas.

Asegurada y guarnecida la línea de comunicaciones, Kuropatkin dejó que Kuroki pasara el Tai-tsé, y así que el general japonés hubo fraccionado sus fuerzas hacia el N., el caudillo moscovita tomó la ofensiva contra la columna del S., con objeto de cortar la retirada á todo el I ejército, que de ala envolvente se convirtió en ala envuelta. Al terminar el 2 de Septiembre Kuropatkin había conseguido su propósito, y le sonreía ya la victoria, cuando la imprudencia del general Orloff, separándose de la posición que tenía señalada y arrastrando en su falsa maniobra al 1.º cuerpo siberiano, anuló las ventajas obtenidas más al S. y fué causa